

PUNTO DE VISTA

## Yo también tengo un sueño (compartido)

**Carlos M. González Guerrico**

Abogado Asociado a cargo del Depto. de Derecho Ambiental



Los últimos sucesos del país han precipitado los hechos de una sociedad cansada de ser utilizada y subestimada en su capacidad de entendimiento y en su deseo de tranquilidad y paz.

La muerte del fiscal Nisman ha sido la gota que rebalsó el vaso, una gota sangrienta que unas semanas atrás no queríamos ni podíamos imaginar. Es un mojón que quedó instalado en la sociedad argentina, con angustia, temor y espanto. Este hecho crucial y dramático —la muerte de un fiscal que entregó su vida por una causa— obliga a la memoria, pero sobre todo a la justicia, para que sea justicia y se haga justicia.

La extrema gravedad institucional de lo sucedido ha embargado a todo el pueblo argentino. Pero era previsible. La violencia diaria e imprudentemente desatada desde arriba iba a llegar abajo en cualquier momento. Hoy todos sentimos temor porque todos somos Nisman, pero desde la marcha del 18F el silencio es nuestra palabra, que se escucha en voz alta.

Bien dicho está que este luto sea un antes y un después. Nuestra sociedad, nuestra patria, no debe olvidar jamás el gesto de este mártir, que murió por la verdad, por luchar contra la impunidad y la corrupción, como Quijote contra los molinos de viento. Argentina necesita nuevos héroes de carne y hueso, nuevos ejemplos, y Alberto Nisman es un gran ejemplo que debemos seguir. Olvidar su entrega sería dejar escapar una posibilidad de ser libres de nuevo, una posibilidad de hacer un país en serio, con igualdad y justicia para to-

dos. Olvidar la muerte de Nisman nos sumiría definitivamente en las manos del más perverso de turno.

A esta altura de la historia y de los acontecimientos el país exige un cambio, exige justicia, pero por sobre todas las cosas exige un rumbo, un objetivo, políticas a largo plazo que muevan las metas de corto plazo, un orden, una visión que sea transmitida a un pueblo ávido de sueños y de realidades, para que juntos, todos juntos al fin, avancemos hacia el futuro. Porque todos somos pueblo.

Pensemos qué país le dejaremos a nuestros hijos. Hoy los niños hablan como adultos, de política y de lo que sucede en el país, se preocupan, sufren y opinan en la mesa de los grandes, angustiados por la realidad. Por tantas cosas que nunca creímos que íbamos a hablar con ellos.

Pero no nos equivoquemos, son solo niños, ellos deben disfrutar su niñez y poder jugar en un país que los contiene y los educa para el futuro, mientras sus padres pueden trabajar tranquilos para darles lo mejor y para disfrutar juntos. Venimos generando generaciones perdidas y décadas despilfarradas desde hace tiempo, por discusiones impostadas y avances? y retrocesos (sobre todo retrocesos) que nos condujeron a la actual situación de inestabilidad, cíclica y regresiva.

¿Es este el país que imaginamos para nuestros hijos? ¿Es el que queremos para ellos y para nosotros?

El rumbo, la visión colectiva, debe salir del conjunto de una sociedad madura que sabe donde quiere ir. Y sale desde la diversidad, apuntando a un sueño común aún sueño.

Como Martin Luther King Jr., que tuvo un sueño (la libertad e igualdad entre blancos y negros), yo también tengo un sueño. Mi sueño no es que Argentina sea una potencia, tampoco que sea lo que es hoy, un territorio en

manos de los más descarados desde hace décadas. Mi sueño es una República.

Mi sueño es de libertad, de trabajo, de paz, de progreso sustentable.

Tengo un sueño en el cual nuestro país es un ejemplo, un modelo de sustentabilidad para el mundo, en paz y con justicia.

Tengo un sueño donde a nadie le falta lo necesario para vivir y desarrollar sus capacidades (que todos tenemos, todos) y las suma a una sociedad que sigue evolucionando en un círculo virtuoso.

Una sociedad en que los niños sean privilegiados porque algún día serán los que nos conduzcan. Y los mayores sean valorados por la sabiduría que nos transmiten y se les dé un lugar activo en la sociedad.

Una sociedad con una educación de avanzada, que nos ponga en el mundo como un ejemplo a imitar. Y que nos haga crecer y desarrollarnos para enfrentar los desafíos de un mundo en cambio que debe adaptarse a los nuevos paradigmas para sobrevivir y no colapsar.

Tengo un sueño donde los jóvenes tienen sueños y encuentran trabajo y se interesan en la vida política del país, sin estar politizados.

Tengo un sueño, tal vez ingenuo, donde los políticos sean estadistas que trabajen para formar un país mejor y no para satisfacer sus egos y sus bolsillos. Donde todo funcionario sea idóneo para sus funciones y no 'el amigo de'.

Tengo un sueño donde la libertad no sea libertinaje, ni anarquía y menos opresión o tiranía disfrazadas de democracia.

Un sueño en el que todos juntos, sin divisiones, aportamos desde la diversidad para un país mejor, para un mundo mejor.

Y el 18F con la marcha en silencio se demostró que otro país mejor se puede, que los anhelos están vigentes y que los sueños, aunque trunco todavía, no están rotos.